

# SOCIOLOGIA DE LA SOLEDAD CONTEMPORANEA

FRANCISCO CARMONA NENCLARES\*

## I

**E**L hombre tiene vocación para el saber. Esa llamada interior, esa voz con que las cosas y el humano existir clama en nosotros, clama en preguntas, que no en respuestas, constituye tal vocación fundamental. Nunca hay silencio para dicha voz. Clama más fuerte en la medida que ahondamos el saber, en la medida que éste se entreteje en las raíces de nuestra existencia hasta convertirla en la vertical interrogación que somos. Clama a veces hasta el grito, pregunta estrangulada. En su propia opresión se estrangula.

Saber quiere decir sabor del mundo, de las cosas, de nosotros mismos, de Dios, en nuestros sentidos y nuestra mente. Pero no se trata de varios saberes—Física, Biología, Historia—sino del saber. Del saber que no es suma de saberes porque incluye la unidad implícita en todos los saberes. Unidad insumada. Las cosas y nuestra existencia claman por preguntas cuyas respuestas andamos buscando porque no las tenemos; claman por la voz de la carencia. Somos el esencial carecer. Y no hay camino previo para buscarlas. El camino se hace andándolo, en el caminar que el camino exige.

¿Cómo sabe el hombre de sí mismo, de los otros, de lo que no es él? A simple vista se ha enunciado una cadena de preguntas, pero no hay tal; es una sola pregunta que precipita otras. La luz se descompone en el prisma y el prisma no se descompone en la luz. Pues bien, el hombre se encuentra a sí mismo entre las cosas. Siente su existir, sabe de los otros y él, en esa mutua compresencia. Y no hay más. Este árbol, las nubes viajeras del momento, el universo por encima del tejado, la inocente pluma en la mano, le percatan al hombre la conciencia de su existir, y ellas existen confrontándonos. Saber y sabor. La flecha de la pregunta inquiere aún. Detrás de las cosas, ¿qué? Detrás de la luz, ¿qué? Sólo por la compresencia de las

---

\* Profesor de Sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México.

cosas y el existir nuestro, de las cosas y el hombre, hay preguntas de semejante índole. Las preguntas del saber cuyas respuestas andamos buscando. Haciendo la respuesta al andar el camino de descubrirla.

Las cosas no son el hombre que les es compresente. Nos sentimos separados de la causa primera; nos sentimos, pues, de sobra. Desgarrrón del ser y el pensamiento, origen de nuestra condición deficitaria. Separados y, sin embargo, conjugados en la mutua presencia. Viene de nuestro desamparo original, del sentirnos de sobra, de nuestra condición deficitaria, la esperanza de su congruencia. Sólo de ahí. No viene, pues, de nuestra seguridad sino de nuestra radical inseguridad. ¿Habrá un mismo lenguaje para la presunta inserción en el ser de las cosas y nosotros. Necesitamos de esa inserción, pero toda necesidad trasunta inseguridad e inconclusión; quien carece de algo necesita de lo que carece. Ya la pregunta por ese lenguaje indica carencia. El hombre la formula por la amputación de su carecer; la pregunta adquiere realidad en el bisel de la compresencia.

Las cosas no se refieren al hombre ni éste a ellas. No somos sus destinatarios, ni ellas el nuestro. El ojo no está para verlas a la manera de una herramienta intermedia; ellas se hacen presentes en él y su presencia aduce nuestra presencia a ellas. Tal enigmática vicisitud es la compresencia. Nos resisten y las resistimos, sabiendo también un inefable sentimiento de unidad. Entonces, ¿dónde poner el punto en que se manifiesta esa unidad? Conocer equivale a separar o escindir. No hay, pues, dicho punto. No sabemos de él cuándo se trata de asirlo por el conocimiento. Caemos por ello en la cuenta de que el hombre es un signo indescifrable. Porque si, para remontar a la causa primera inicia el camino hacia sí mismo, ahondándose, su propio existir individual desaparece en la empresa; si, en cambio, toma el camino de las cosas para penetrar su hondura, las cosas desaparecen. Operación en dos flancos inseparables que estaría dirigida a develar lo que la presencia manifiesta de oculto en las cosas o en nosotros; la presencia incluye el velo de su ocultación. La presencia que se esclarece y desvanece, el ser. Pero la invisible presencia de lo velado, que transparente en esa presencia, que se presenta insondable, radical sin raíz que podamos asir, ensombrece nuestro existir. Tenemos nostalgia del útero del ser; tal vez allí lo oculto no se hace presente en lo impresente porque es su propia epifanía. ¡Incognoscible punto de engarce! En nostalgia y melancolía se traduce este saber, saber de nuestro dolor de ser, nuestro desatino esencial, cuya dialéctica nos encarna en la soledad.

¿Cuántas soledades hay y qué soledad es la nuestra, la del ser

humano? Soledad vertical del saber que se erige en el invisible punto de unidad de la compresencia. Ahí la encontramos y nos traspasa. ¿Cómo juzgarla, juzgarla, comprometiéndonos en el juicio? No es la experiencia fundamental y originaria del hombre moderno—por moderno—sino nuestra experiencia intemporal. Definición, no rasgo histórico; lo absoluto, pues, en el trasfondo que lo relativiza. Soledad hecha de carencia, ciertamente, pero de la plenitud de la carencia. Emanación desbordante de nuestro esencial carecer. El ser se nos niega y la soledad, interior libertad que nos afirma negándonos, que nos afirma en el ser y nos niega en él, es su impacto.

## II

El saber nos llama. No hay silencio para su clamor, que surge de la herida de nuestra deficiencia. Las cosas y el existir dados en la imborrable compresencia ¿tienen una fuente común? La pregunta trata de descubrir lo velado, de hacerlo presente. Es la pregunta del saber que, por nuestro consubstancial sentirnos de sobra, nos descubre en la soledad. Drenaje de nuestra deficiencia hacia la nada.

Preguntando más hondo, ¿qué o quién nos descubrió, por la carencia mencionada, en la soledad?... El ser. El ser que en cada paso hacia él esclarece y oculta su presencia, porque en su ocultación se abre más la brecha entre él y nosotros, como un costurón deshilachado. Al ocultarse nos niega y se nos niega, frío como la muerte en la mudez del absoluto olvido. Esta soledad del ser humano encierra pues, la plenitud de nuestra carencia, su desbordamiento incoercible. La negación que nos quema la vida. El ser no responde nunca; sólo nos responde el inmenso silencio de la palabra, pero nada sabemos sino en el ser. No estamos, por tanto, arrojados en la soledad, ni proyectados o deyectados en ella. Somos, cada uno, su vaso innumerable. El ser emerge en nosotros como vertical soledad.

Siempre preguntamos por el ser desde una coyuntura. Aquella situación vital hendida desde dentro por la soledad y, en consecuencia, desarticulada, rota, que nos envuelve en su torbellino, es la coyuntura. Se abre en nosotros al tomar conciencia del ser y las cosas que, en su conjugado esclarecimiento y ocultamiento, nuestra presencia hace presente. Imposible aislar la mutua relación causal. Pero la pregunta no la enuncia la coyuntura sino que se hace desde nuestra coyuntura, donde radica la punta de flecha de su dirección.

Nadie pregunta sobre lo mismo en la pregunta por el ser. La pregunta implica la coyuntura del preguntar. El modo de preguntar revierte sobre quien pregunta, abriéndose así esa soledad constitutiva

de nuestra existencia. Soledad en el conjugado esclarecimiento y ocultamiento del ser, donde la condición humana se revela con la plenitud del absurdo. Se trata de la condición humana intemporal, que el pretendido isomorfismo del ser y el pensar logró ocultar. Dios, la ciencia, el conocimiento, la cultura entera si se quiere, han logrado responder durante mucho tiempo a la pregunta del saber hecha desde nuestra constitutiva carencia. La perspectiva de la soledad se ha abierto, precisamente, por el carácter enigmático de ese pretendido isomorfismo. Y ahora sólo nos queda el silencio de nuestro incondicional absurdo. ¿Qué preguntar desde él?

La pasión del saber, aquella ávida codicia del saber que nos caracteriza, señala nuestra radical orfandad en el ser. El ser es el fundamental absurdo que nos descubre en la soledad. Estos breves rasgos constituyen, para nosotros, el perfil general de la naturaleza humana desde el alba de la historia. Pues desde siempre, al menos desde el siempre del hombre, hemos surgido a la tierra en estado fetal. Nuestro nacimiento abre nuestra soledad. Pero como el hombre hace su historia, él es su propio producto. La historia es nuestro proceso de autorrealización y, en consecuencia, la naturaleza humana está condicionada históricamente. Los sistemas culturales, surgidos cuando el ser humano alcanzó cierta libertad sobre sus necesidades físicas, comportan todos en su núcleo original esa ansiedad del hombre ante la incógnita de su soledad. Cada sistema cultural es una respuesta distinta y, por tanto, una interpretación distinta de ella. Eran modos de aliviar, enmascarar o soslayar, la angustia de la soledad. Desde la civilización sumeria nuestra cultura descansaba, hasta ahora, en la seguridad de que el ser es inteligible. Isomorfismo. Pero el ser se nos oculta en su vislumbre: le somos, en la cercanía del esclarecimiento, ajenos y esta enajenación es, justamente, el principio cardinal de la cultura contemporánea. Su cifra el *anti*: Y nuestra soledad el ingrediente constante del humano quehacer; así, amamos y odiamos, trabajamos y nos aburrimos, desde la soledad.

Por lo precedente, y aunque resulte escandaloso, puede asegurarse que en nuestros días, en la circunstancia existencial contemporánea, la psiquiatría resulta el camino más directo para penetrar en el ser humano. La Teología y la Filosofía han perdido su primacía, Abolido el isomorfismo del ser y el pensar, desasidos del ser, aprisionados en la oposición de los contrarios—ser y nada, bien y mal—nuestra conciencia es un tormento. La desesperación viene generada en la esperanza, pero nuestro sentimiento más profundo, e inconfesable, es la inesperanza. Certeza irrefutable y terrible de que todo es inútil. Óntico aburrimiento, en suma.

Vivimos, por eso, de nuestro odio. Ahí está la floración del *anti*, síntoma de la inesperanza. Edad adulta significa que uno no tiene a nadie, ni siquiera a uno mismo, cuando yace, despierto y solo, en la obscuridad de la noche. Pues el descubrimiento de la soledad, plenitud carencial en que se interpenetran nuestro ser y existir, trastorna la valoración de la realidad ¿Qué juicio podría trascender la soledad? Formamos parte inseparable del enigma que necesitamos entender. Cursa ahora al través de nosotros mismos, enajenada.

### III

La palabra no la podemos arrancar de las cosas, de nosotros mismos, o del prójimo. No. Surge de aquél sentimiento de unidad que vivimos, en la soledad dialógica de nosotros y las cosas, como desgarradura. Indica, pues, el toque entre algo que nos oprime interiormente y la explosiva fuerza de que está dotado; la palabra tiene, por tanto, la función de incorporar un impulso en un vocablo que lo cristaliza y libera. Toda palabra es una toma de posición o una actitud. Es expresión.

El lenguaje transmite nuestra actitud frente a los enigmas del existir. Cada época tiene un lenguaje peculiar y las palabras más empleadas en cada situación materializan nuestra actitud frente a ella. Así por ejemplo las palabras *crisis*, *indeterminismo*, *arte abstracto*, *apoliticismo*, etc., ¿no son típicas entre otras de nuestra época, de la situación que estamos viviendo? Pero, ¿qué estamos viviendo, si puede preguntarse...? Pues dichas palabras no señalan una toma de posición o una actitud concreta sino un estado de perturbadora confusión. Es lo primero que se echa de ver. No implican una actitud sino una reacción defensiva. Y, ¿por qué lo hacen? Un acontecimiento que merece analizarse.

Naturalmente, las palabras tienen estructura. Pero no se trata de una estructura rígida sino fluida, móvil entre dos polos, el sentido intrínseco, racional constante, la raíz, y el sentido extrínseco, separable, emocional o afectivo. Se recubren, quedando entre ellos un margen más o menos amplio. En principio, no hay antagonismo de origen que enfrente los dos polos; tienden en forma espontánea al engarce armónico. Ahora bien, cuando el individuo que pronuncia la palabra vive un sentimiento de amenaza o peligro implícito en la situación vital, la palabra sufre un impacto en su estructura y el factor emocional invade y desborda el racional. Entonces desaparece aquel margen, produciéndose una dislocación entre los mencionados polos. ¿Qué ha pasado? La palabra ya no mantiene su significación

originaria frente a sí misma; sólo significa por su referencia el estado emocional de quien la emplea. Significa en relación con nuestro miedo, con nuestra inseguridad, no con relación al objeto mencionado en ella. Pues las palabras capitales se refieren siempre a objetos.

Recuérdense las palabras claves de nuestra época. Muestran, las citadas y las omitidas, un centro común de referencia intencional. Expresan nuestra radical inseguridad, nuestra plenitud de carencia, articulado todo ello en una tentativa de evasión que cobra impulso en el corazón mismo de la inseguridad. Todas se construyen, por eso, con el *anti* gramatical o psicológico que, visto de cerca, sólo incorpora miedo, resentimiento, elusión. Nadie podría declarar que existe lo antisólido como estado de la energía cósmica, pero nos hemos resignado, ya sin sobresalto, a oír declaraciones sobre la existencia de la novela antinovela, de la música antimelódica, de la política antipolítica, etc. Encontrar tan a menudo esta partícula *anti* produce un claro malestar. Pues se trata de una negación prejudicativa que nos abre por dentro hacia la nada.

Hemos sufrido una derrota en el principio fundamental de la cultura. El ser no es inteligible. Derrota del entendimiento que, en la vida cotidiana, en las veinticuatro horas del reloj, implica la mecanización del espíritu. Lo mismo que Dios, la ciencia no es una respuesta sino una pregunta. El hombre, la pregunta ingente y vertical. La desesperación que subyace en nuestra soledad tiene que crear ídolos para someterse a ellos y sobrevalorar, así, la materialidad y el erotismo, residuo de muerte que dejamos viviendo, porque no hay respuesta para nada. Esa extraña crispación de la soledad, que marchita nuestra existencia, se manifiesta en el ejercicio creador de la cultura contemporánea —hiriente circunstancia del actual convivir. Juzgarla exclusiva de la pintura o de la Filosofía, por ejemplo, sería un error; su rastro tiene huellas en otros quehaceres. El filósofo se declara apolítico, el pintor antifigurativo, el burgés antisocialista, el escritor antiliterario, etc. . . . En el *anti* encontramos, pues, el factor común. Singular coincidencia en una partícula gramatical que, en el menester utilizado, desborda su significación funcional, bien modesta por cierto, de toda partícula análoga. La cosa se explica porque nuestro contemporáneo trata de escapar de la libertad, es decir, de su oquedad carencial. El miedo y la inseguridad adquieren expresiones disfrazadas y, por ello, el *anti* franquea un estado de ansiedad con raíces en un sentimiento de culpa. Pues el hombre hace lo que sabe y éste mundo nuestro lo hemos hecho nosotros. Es obra de la humana condición enajenada en la soledad.

Entonces, ¿sobre qué molde se vacía, por decirlo así, el tipo humano occidental contemporáneo? De otra manera, ¿cuál es la reali-

dad social fijada por nuestra cultura? Nuestra principal motivación psicológica es el deseo de ganancia y bienestar económico. El hombre bien comido y bien vestido. Queremos tener muchas cosas, desde automóviles y queridas hasta un Dios Benévolo que preserve, confundido con el policía, lo que tenemos. Hay en el fondo de estos datos un anhelo de seguridad, de evitar riesgos. Tratamos de escapar de la soledad carencial, es decir, de la radical inseguridad en el ser, por donde se nos abre la doble vía hacia la nada, en las cosas y nosotros mismos. Y la inesperanza subyacente encuentra en el determinismo económico la ley que somete a su propio ritmo todos los contenidos de la vida.

La nuestra es una época sin ilusiones. Natural. El tiempo y el dinero se identifican. Hay que ahorrar tiempo si queremos tener algo. Somos libres, decimos, pero sólo se trata de una libertad adquisitiva. La mentalidad comercial impregna todas las esferas de la vida. El dinero, dotado de incalculable fuerza mágica, emancipa al individuo; único resorte, que, al parecer, sirve a tal fin. Emancipación como evasión. ¿Cómo se expresa la relación entre el individuo y el universo, la totalidad de lo existente? Correlativa de la economía monetaria es la concepción matemática de la naturaleza. La matemática es más segura que el milagro. La ley de la ordenación del mundo se descubre por el cálculo, lo mismo que el logro del dinero, su incremento y ahorro. La actitud humana se ha esclerosado en esto. Dinero es vida, tener cosas es vida —porque ellas nos tienen. Proporcionan aquella seguridad sustitutiva de la inseguridad de nuestra esencial carencia.

Esa nuestra principal motivación psicológica, el deseo de ganancias, el bienestar económico, proyecta su sombra inevitable en el impulso de uniformidad y subordinación. Tendencia antiespiritualista subyacente en nuestra realidad social. El materialismo económico-hedonista contemporáneo traduce, pues, el sentimiento de nuestra inseguridad, que carece de frenos internos, y se racionaliza en el *anti*. Vivimos, pues, en una falsificación y la mentira no tiene límites. Todos somos culpables.